

Marciano VIDAL, *Moral y espiritualidad. De la separación a la convergencia*, Editorial El Perpetuo Socorro, Madrid 1997, 107 pp., 15 x 21, ISBN: 84-284-0511-5.

La Editorial El Perpetuo Socorro, vinculada a los Redentoristas, decidió iniciar en 1997, como parte de la celebración del tercer centenario del nacimiento de San Alfonso María de Liguori, una colección de Cuadernos, publicando como número 1 el presente escrito en el que Marciano Vidal se enfrenta con una cuestión no debatida, pero sí fuertemente subrayada en la producción teológica contemporánea: la íntima relación entre moral y espiritualidad. Ofrece a ese efecto un estudio que se estructura en tres partes: ante todo, el análisis de la relación entre vida moral y vida espiritual (pp. 7-54); en segundo lugar, la consideración de las conexiones entre las dos disciplinas que estudian esas vidas, es decir, la Teología Moral y la Teología Espiritual (pp. 55-73); y, finalmente, una exposición del pensamiento de San Alfonso María de Liguori, presentado como testimonio de una forma concreta, y particularmente significativa, de articular las dos realidades antes analizadas (pp. 74-103).

Marciano Vidal esboza, en esta última parte, una panorámica del mensaje espiritual de San Alfonso María de Liguori, encaminada a poner de manifiesto sus articulaciones íntimas y su núcleo esencial. Detenidamente meditada, la exposición evidencia que todo pensador profunda y coherentemente cristiano —y el Fundador de los Redentoristas lo fue en supremo grado— alcanza, superando, si fuera necesario, los esquemas intelectuales vigentes en su tiempo, una síntesis intelectual y vital en la que lo espiritual y lo moral, la comunión con Dios y la acción y el servicio a los hombres, no sólo se hermanan sino que se funden en unidad. El impulso que dimana de la obra de San Alfonso, entrelazado con las instancias que vienen del contemporáneo movimiento de renovación tanto de la Teología Moral como de la Espiritual, es claro en Marciano Vidal, que, dando por superada la separación entre esas dos dimensiones del existir y del teologizar cristianos, aspira a contribuir a su convergencia.

Esa aspiración es, como ya antes apuntábamos, común a toda la actual comunidad teológica: lo que distingue a unos autores de otros no es ese deseo, ampliamente compartido, sino el modo de articularlo o concretarlo. Marciano Vidal lo hace sintetizando su posición en dos afirmaciones clave: 1.<sup>a</sup>) entre vida moral y vida espiritual hay una identidad substancial, ya que ambas brotan, se desarrollan y convergen en el contexto de una misma realidad, a saber, la vida teológica; 2.<sup>a</sup>) dentro de esa identidad substancial se da una autonomía en vir-

tud de la cual ambas dimensiones se distinguen tanto de la realidad teologal de la que brotan como entre sí (cfr. p. 10).

La identidad entre vida moral y vida espiritual deriva —prosigue Marciano Vidal en páginas posteriores— del hecho de que ambas tienen, en última instancia, un mismo contenido: manifiestan una misma novedad de vida, la conferida por Cristo; se explican y expresan en referencia a unas mismas categorías teológicas: la comunión con Dios Trino, la vida en Cristo, la acción del Espíritu Santo; y despliegan su dinamismo vital en virtud de un mismo cauce: las tres virtudes (o actitudes, como prefiere decir el Autor) teologales.

Formuladas así las razones de la identidad, Marciano Vidal pasa a considerar las peculiaridades de una y otra dimensión. Expongámoslas con sus propias palabras: «—La espiritualidad se sitúa preferentemente en la *verticalidad*; su mirada está dirigida hacia la dimensión *trascendente* de la vida cristiana. Su camino es el de la *interioridad*. —La moral pertenece preferentemente a la *horizontalidad*; su rostro se fija en la dimensión *inmanente* de la vida cristiana. Su camino es el de la *exterioridad*» (p. 19).

Esa descripción capta, sin duda, aspectos de lo real, pero fuerza, a nuestro juicio, un tanto los términos; más concretamente, la contraposición entre interioridad y exterioridad como razón explicativa de la distinción entre espiritualidad y moralidad no nos parece acertada. En todo caso el alcance exacto del pensamiento de Marciano Vidal a este respecto se concreta más cuando, poco después, acude, como ya lo ha hecho en otros muchos de sus escritos, al concepto de «autonomía teónoma» para caracterizar la formación del juicio moral. Siguiendo a Franz Böckle, al que se debe la difusión de ese concepto, Vidal considera que el juicio moral depende, por lo que respecta a sus contenidos materiales, de las apreciaciones racionales acerca del comportamiento, de modo que lo que aporta la fe cristiana dice referencia no ya a esos contenidos sino a las motivaciones o perspectivas de fondo.

Ciertamente, el juicio moral no deriva, en el cristiano, sólo de su fe, sino también de su experiencia humana: lo teologal y lo racional se integran en el juicio moral. Sólo que lo hacen de manera más íntima de lo que el planteamiento de Vidal y Böckle da a entender. Ese planteamiento presupone la distinción entre lo noumenal y lo fenomenal o, más concretamente, lo categorial, y obedece, en última instancia, a una no plena superación de un deontologismo de cuño kantiano. Implica, en consecuencia, concebir ambas dimensiones como realidades que se tocan sólo tangencialmente, cuando la conexión es, a nuestro juicio, mucho más profunda.

No es éste el momento de proceder a un análisis más detenido de esa cuestión; digamos por eso solamente que para una adecuada comprensión del juicio moral es necesario abordar la cuestión en primera persona, es decir, considerándola no ya abstractamente en orden a la determinación o concreción de las normas, sino existencialmente, situándose en la perspectiva de la persona que actúa y analizando cómo en el proceso de la decisión y de la acción se articulan la intención y el objeto del actuar. Lo que, de una parte, pone de manifiesto que las motivaciones y actitudes de fondo no se unen a valoraciones éticas formuladas al margen de ellas, sino que informan su génesis. Y, de otra —y este es el punto que aquí formal y directamente nos interesa—, lleva a atribuir a las relaciones entre vida moral y vida espiritual una densidad mayor de la que se les atribuye en la obra que comentamos.

Por lo demás, tanto en esta parte como en la siguiente, es decir, la destinada a expresar las relaciones entre Teología Moral y Teología Espiritual —más breve y vinculada en gran medida a la anterior—, Marciano Vidal esboza una buena síntesis del *status quaestionis* y, como es habitual en sus escritos, una cuidada información bibliográfica. Lo que hace que resulte una obra útil, aunque no compartamos algunos de sus presupuestos y, por tanto, algunas de sus conclusiones.

José Luis ILLANES